



Cementerio de Iscar, Valladolid. Foto: de Culla

HOLA, MUERTE

Me hubiera gustado seguir el féretro de mi amigo, como lo hacen The Kills en su “Doing it To Death”. Pero no, tuvimos que caminar desde la Iglesia hasta el Cementerio a la distancia conveniente para oírnos y entendernos.

La joven viuda nos quitaba el habla con sólo mirarla.

Pronto va a haber toros y peñas en esta Villa, por eso hay mucha gente en la calle. Yo pensaba que se unirían a nosotros, pero no. Alguien escuchó decir a alguna mujer que nos observaba:

-¡Cuánta lágrima de cocodrilo, Dios mío;

-No hay que pensar en esto, me dije a mí mismo. Hay gente muy necia. Hay gente que merece palos.

Yo seguí la comitiva, pensando en lo mucho que había sufrido mi amigo antes de irse de esta Vida, y de lo poco que hay que andar para llegar al Cementerio.

Tres días antes de pasar esto, mi amigo me había confesado:

-Ojalá tuviera fuerza para ahorcarme.

Al presente, pasamos al futuro que nos indicaban las tumbas con solo verlas.

-Hola, Muerte, no hay más que ver, exclamé al traspasar la puerta de hierro.

Al sepultar al amigo, el cielo nos indicaba que tendría que habérselas con él, como los cristianos con los moros en Alcazarquivir, y viceversa.

Terminado el encierro del difunto, al dar la espalda a las tumbas, en el ambiente se escuchaba un rumor que decía: “Allá te las hayas, amigo”.

-Aquí los muertos se hablan con cruces, le dije a un amigo de mi amigo.

-Sí, me respondió.

Y salimos.

-Daniel de Culla